

NÚRIA RIUS VERNET

«Utopía»

«En el segundo milenio a.C., mientras florece en Europa la cultura de la Edad del Bronce, con todas sus variantes regionales, se desarrolla en la cuenca del mar Egeo una espléndida civilización que irradia de la isla de Creta «la de las cien ciudades» (...) Colonias de pescadores y traficantes habitaban los lugares más abrigados del litoral, y sus aldeas iban medrando hasta convertirse en ciudades. Por su parte, los campesinos (...) cultivaban el trigo, la viña y el olivar -»la tríada mediterránea«- (...) La religión reconoce como deidad suprema una diosa de la fecundidad, señora de los árboles, de las montañas y de las fieras»

Blanco Freijeiro, A., *Arte Griego*, Madrid, CSIC, 75, pp.1-3.

«De la importancia del elemento femenino en el arte cretense cabe deducir que, en el segundo milenio, la sociedad estaba aún condicionada por influyentes rasgos matriarcales»

Hatje, Ursula, *Historia de los Estilos Artísticos* vol. I, Madrid, Istmo, col.Fundamentos, nº35, 71, 3ª ed., pág. 24.

Hacía ya demasiado tiempo que no llovía. Demasiado tiempo soportando el tórrido calor de aquel verano, que se alargaba sin querer abandonar la incipiente aridez de la isla. Las diminutas aceitunas todavía verdes apenas eran visibles. Los almendros y las cepas, ya desprovistos de sus frutos, se esforzaban inútilmente en

esconder sus polvorientas y marchitas hojas del lacerante sol de la mañana.

¿Por qué no viene Panorea? A esta hora siempre suele estar ya aquí; acostumbra a ser la primera en llegar. No quiero hacer los ejercicios gimnásticos sola. Me quema la piel, hace demasiado sol. ¿También esta costumbre tendremos que cambiar? ¿Le habrán prohibido venir? Me zambulliré mientras.

¿Se han olvidado de su pueblo las diosas? Ayer no estaban sus pequeñas imágenes en las esquinas del ágora y Fedra me dijo que había visto a Manos, el de Micenas, esculpiendo en un gran bloque de mármol la figura de un dios. Manos... él y todos los demás hombres que llegaron del Norte, del continente, fueron, al principio, tan amables! Todo lo nuestro les sorprendía. Quisieron conocerlo para después dominarnos.

Llegaron del Norte, del Peloponeso, de Micenas, cuando ya habían terminado todas las fiestas y los hombres del pueblo, pescadores y comerciantes, ya se habían hecho a la mar. Como cada año su ausencia podría llegar hasta las seis lunas. Enseguida, aquellos extranjeros se distribuyeron en pequeños grupos y se mezclaron con los que habíamos hecho nosotras para podar las viñas, preparar los campos para las huertas y para sembrar el trigo. Su presencia alivió nuestros cuerpos cansados y obligados a sumirse en la regularidad del trabajo cotidiano. Confiadamente agradecemos su ayuda que nos hizo salir más rápidamente de la soledad y de la tristeza que acompañan las despedidas.

Iorgos y Panos admiraban cada mañana nuestros cuerpos mientras Panorea y yo jugábamos haciendo los ejercicios al lado del mar, aquí. Pero jamás se unieron a nosotras. Desayunaban con nuestro grupo de mujeres y a él se unían durante toda la jornada de trabajo. Creímos ver brillar en sus ojos la curiosidad y las ansias por conocer costumbres nuevas. Y les abrimos las puertas de las asambleas semanales donde organizábamos las labores comunes con las

mujeres y los hombres mayores y todos aquellos que no habían podido ir al mar.

-¿Por qué teneis tantas estatuillas antiguas de loza representando a mujeres pariendo? ¿Por qué todas estas figurillas de fayenza llevan los pechos desnudos y en sus brazos se enrollan serpientes? ¿Por qué tienen los ojos tan grandes? ¿Vuestros hombres siempre estan pescando en alta mar? ¿Cuándo y cómo organizan salidas de conquista? ¿Dónde están sus armas? -nos preguntaban-.

Y se extrañaban de que en los muros de nuestros palacios sólo hubiéramos representado escenas de fiestas, de ofrendas, de procesiones, o bien escenas marinas o, simplemente, motivos decorativos, vegetales o geométricos, y de que en ellos no viviera únicamente la corte y su séquito.

Jamás dieron su opinión, suponíamos se debía al poco conocimiento que tenían de nuestra lengua. Pero yo conocía bien la suya, después del largo año que pasé en Micenas, y tampoco a mí me la daban.

¡Cómo iban a entender!

En nuestras fiestas, cuando llegaban los hombres de la mar, también nosotras vestíamos así, como las figurillas de fayenza. Así eran los trajes que con tanto ahínco nos hicimos Panorea y yo. Con las faldas llenas de volantes, cada uno de un color y todos llenos de flores, y la cintura y el cuerpo prietos con un liso corpiño que mostraba orgullosamente nuestros pechos desnudos. «Como dos frutos maduros dispuestos a colmar la sed y a provocarla» -me decía Vangelis-. Mis pechos «color canela con sus dos guindas» y mis «ojos negros siempre brillantes y quisquillosos» le embaucaron -me repetía siempre- A mí lo hicieron sus manos largas, ágiles y suaves y sus labios gruesos, rosados y con la sonrisa abierta.

¡Cómo gozamos! Jamás una historia me duró y abarcó tanto. Con él yací en la playa, en las dependencias palaciegas, en mi casa y bajo

la lluvia -fueron las últimas y lejanas lluvias-. Con él anduve por todos los caminos y discutí todos los temas. Sólo con Panorea disfruto de una relación tan intensa, aunque diferente.

Ambas habíamos decidido hacer florecer nuestro cuerpo para vivir la experiencia juntas y con Zafiró y Glika. Dar el paso implicaba un tiempo de dedicación a las criaturas y de inmovilidad en la isla. Zafiró quería continuar posteriormente como cuidadora si la experiencia la complacía suficientemente. Panorea y yo, no. Yo no sirvo. Necesito continuamente ver, conocer, viajar, aprender de otras gentes, como he hecho en los últimos tres años.

Conocer, aprender, ... Difícil tarea. Aun habiendo pasado todo un año en Micenas confié en sus hombres. Primeramente llegaron sólo unos pocos. Después, muchos más. Hasta que, al reunirnos para organizar la recolección de las almendras, rodearon la asamblea y se impusieron. Sus gritos apagaron nuestras voces; sus espadas, nuestra fuerza. No fuimos educadas para luchar, ni para ir a la guerra. Ni siquiera conocíamos las armas.

No hubo alternativa posible. Sólo querían detentar el poder sobre nuestro pueblo. Todo el poder. Ellos solos organizaron la recogida de las almendras y la vendimia; también los ritos y las alabanzas a los nuevos dioses: a Zeus, a Heracles, a Atenea, ... A éstos empezaron a ofrecer sacrificios sus sacerdotes sobre nuevos altares y, poco a poco, nos hicieron participar en ellos, pero siempre con nuestros actos y nuestras palabras guiadas por aquellos. En las ceremonias no hay danzas, ni cantos, ni risas, ni juegos como en las nuestras de antaño. Ahora todo está dirigido, controlado, atado.

Tampoco podemos ya realizar asambleas para valorar nuestros trabajos y nuestras relaciones y tampoco para organizar y preparar las jornadas. Ellos deciden qué hay que hacer, cómo y cuándo y también quiénes debemos realizar las labores. ¡Con qué rapidez cambia la vida!

Al principio violaron a algunas mujeres, después cambiaron de táctica y se nos fueron acercando pacíficamente. ¿Nos obligarán a vivir con ellos? ¿A compartir su lecho? En Micenas, a las mujeres sólo se les permitían los juegos amorosos con el hombre con el cual vivían bajo el mismo techo, después de haber formalizado un contrato. Al parir sólo ellas cuidaban y educaban a las criaturas, elaboraban y preparaban los alimentos y abastecían de agua al grupo que llamaban familia, dentro del cual también estaban los padres del hombre y alguna persona más, relacionada con el varón por lazos de sangre. El hombre era quien siempre tomaba las decisiones importantes; su voz era la que más se oía y su palabra era la única que tenía valor ante la mujer y los hijos.

¿Regresarán los hombres del mar antes de que terminen de amarillear las hojas? ¿Podremos prevenirles? ¿Podrán luchar, sabrán? ¿Conseguiremos imponernos a los hombres del Norte? Si no es así, ¿deberé vivir siempre con Vangelis, padre de la criatura que se mueve ya en mis entrañas? Pero Vangelis es también el padre de la que lleva Panorea en las suyas.

Dicen que también llegaron a Hagia Tríada y a otras ciudades del interior. Allí, ahora son los hombres quienes aportan a sus familias los alimentos y los productos que comercializan con otros pueblos. Ellos son los que se reúnen y eligen a unos pocos que después son los que lo organizan y deciden todo. Sólo ellos. Las mujeres quedan siempre en el interior de las casas; únicamente salen a por agua y es entonces cuando pueden comunicarse con las otras mujeres mientras esperan a que sus hydrias se llenen.

No podrán prohibirnos ir a las huertas, a los hornos, a los telares, a las stoas. No conseguirán que nuestras criaturas no vivan en las dependencias del ala occidental del palacio, ni nosotras en las casitas que hay a su alrededor. Aunque es cierto que ya no podemos utilizar las salas orientales para reunirnos y que los mayores ya no ocupan su parte meridional con sus grandes patios, los han trasladado a las cuevas del otro lado del río. Ahora el palacio únicamente es la

residencia de los que más mandan, incluso, al parecer, están modificando su estructura laberíntica que tanta independencia daba a sus estancias.

¿Dónde y con quién se alojará el ser que llevo dentro? ¿Quién compartirá conmigo su nacimiento? Temo su llegada más que por mi vida. Estando así, las mujeres deberíamos negarnos a traer nuevos seres. ¡Cómo se mueve ya!. Mi angustia le impacienta.

-»¡Mirtó ... Mirtó!»- ¿Me llaman?, tengo frío, ¿va a llover? ¿cómo no me he dado cuenta de que el sol desaparecía? ¡Qué tormenta se avecina desde el mar!

-»Panorea, Glika, Iota, Fedra, Melina, ... estoy aquí»- Vienen contentas, oigo sus risas. ¿Qué pasa? ¡Qué relámpagos! ¡Algo aparece en el horizonte! ¿Son las barcas de pesca de nuestros hombres? ¡Qué frías y grandes noto las gotas de lluvia sobre mi rostro! ¡Qué cálida humedad resbala entre mis piernas!

Con la tormenta llegan los hombres del mar y las mujeres se acercan caminando juntas. Entre el sordo retumbar de los truenos se deja oír un primer llanto.

«Hacia 1400 a.C., los griegos llegados del Peloponeso destruyeron el poder minoico, lo que no habían podido conseguir las primeras invasiones de unos 300 años antes. De todos modos, la pérdida de la independencia cretense no constituye el fin de la historia de la isla, puesto que su influencia aún perduraría durante mucho tiempo.»

Barral y Altet, X., *La Antigüedad Clásica*, vol.II de la «Historia Universal del Arte», Barcelona, ed.Planeta, 1986, pág.27.